

## TRADICION Y RENOVACION EN LAS AGUAFUERTES PORTEÑAS DE ROBERTO ARLT

El presente estudio de los ensayos costumbristas que Arlt publicó con el título *Aguafuertes porteñas*<sup>1</sup>, tiene por objeto señalar diversas reminiscencias histórico-literarias, de carácter estilístico y temático, y poner de relieve la importancia y el grado de influencia del costumbrismo tradicional<sup>2</sup> en esta importante faceta de la producción arltiana<sup>3</sup>. Se examinará la gran variedad de procedimientos perspectivísticos<sup>4</sup> heredados de anteriores cultivadores del género satírico, sobre

---

<sup>1</sup> Las citas textuales llevan entre paréntesis los números de página correspondientes a la edición empleada para este ensayo: ROBERTO ARLT, *Aguafuertes porteñas* (Buenos Aires, Losada, 1958).

<sup>2</sup> Hace tiempo que la crítica viene acometiendo la ardua y a veces inútil empresa de definir el costumbrismo en cuanto género literario. Lo más interesante que hemos leído es E. CORREA CALDERÓN, «Análisis del cuadro de costumbres», *Revista de ideas estéticas*, vol. VII, núm. 25 (Madrid, marzo, 1949), págs. 65-72. Sin intención alguna de criticar este excelente artículo, quisiéramos hacerle un ligero reparo: se echa de menos el tratamiento de las diversas terminaciones empleadas por los costumbristas, no menos significativas, ciertamente, que las introducciones y lemas preliminares que el crítico analiza extensamente.

<sup>3</sup> La bibliografía de estudios temáticos y estilísticos sobre Arlt no es extensa, sobre todo con respecto a las *Aguafuertes porteñas*, obra sobre la cual no hemos encontrado nada, salvo alusiones indirectas en estudios dedicados a las novelas y cuentos. De todos modos hay indicios de que la crítica emprende ya, con interés y entusiasmo, el examen crítico de la valiosa obra en prosa de nuestro autor. Entre lo mejor que hemos visto se halla un interesante estudio de Jaime Giordano titulado «Roberto Arlt o la metafísica del siervo» [*Atenea*, XLV, 419 (enero-marzo, 1968), págs. 73-104]. El mismo crítico ha escrito un largo artículo, «El espacio en la narrativa de Roberto Arlt», *Nueva narrativa hispanoamericana*, vol. II, núm. 2 (septiembre, 1972), págs. 119-148, pero como lo indica el título, este estudio es menos útil para el análisis de una obra como las *Aguafuertes porteñas*, fragmentada y carente de continuidad temporal.

<sup>4</sup> En este particular usamos la terminología y las definiciones utilísimas de Mariano Baquero Goyanes, que en su excelente libro *Perspectivismo y contraste*,

todo Quevedo y Larra, autores predilectos de Arlt y, por lo visto, muy influyentes en él.

Nuestro propósito ha sido, además, precisar en qué sentido y hasta qué punto es lícito hablar de aportes originales por parte del notable ensayista argentino, ya que el lector de *Aguafuertes porteñas* percibe, de la manera más evidente, la presencia de los referidos prosistas españoles, no sólo en numerosas alusiones directas, sino en persistentes semejanzas de vocabulario, tono y contenido ideológico. Por otra parte, no son menos significativas las divergencias que también conviene examinar a fin de distinguir con mayor claridad las contribuciones arltianas a la evolución de este añejo y exigente género.

Los blancos de la sátira de Arlt son esencialmente los de Quevedo y Larra, trasladados a un escenario argentino contemporáneo. Notamos que no sólo critica los mismos vicios morales y los mismos defectos de la organización social, sino que emplea a menudo términos y tonalidades que proceden directamente de sus modelos. Intentaremos poner de manifiesto lo que se entrevé más allá de estas evidentes semejanzas, porque es indudable que Arlt nos sorprende por momentos con procedimientos muy suyos y con distintivas modificaciones del cuadro de costumbres tradicional.

#### PRESENCIA DE QUEVEDO Y LA PICARESCA

Se justifica, a nuestro modo de ver, considerar las *Aguafuertes porteñas* una picaresca sin pícaro, no sólo por su estructura adrede fragmentada, sino por el espíritu que las informa. Con ligeras variantes de énfasis, pero en un tono muy semejante al de sus insignes predecesores, el autor deja pasar su mirada a través de la gran ciudad, fijándose en los infinitos rincones donde habita, como en la picaresca, el hambre, el trabajo degradante, la avaricia y la hipocresía. Agrega, como elemento característico del ambiente porteño, una especie de hastío, un juego de «papanatas» (pág. 120) que desperdician la vida en trabajos inútiles, y cuya existencia sería, sin la picante salsa del «macaneo» (pág. 120), aun para ellos, insoportable. Si tuviéramos que extraer de las *Aguafuertes porteñas*, del ideario arltiano todo, en realidad, el vicio que por encima de todos los demás provoca su mayor repug-

---

*De Cadalso a Pérez de Ayala* (Madrid, Editorial Gredos, 1963) estudia (capítulos I y II, págs. 11-82), las deformaciones hiperbólicas y caricaturescas empleadas en diversas modalidades satíricas. Véanse especialmente las págs. 50-58, y las secciones del primer capítulo dedicadas a Larra.

nancia, elegiríamos éste de la indolencia. En numerosos artículos de la colección, el tema repercute en el espíritu del autor, entrometiéndose, como por fuerza espontánea, aun cuando poco o nada tiene que ver con el tema principal. Nunca le falta tiempo al autor para describir acerbamente el tristísimo rincón que el argentino medio ocupa, con derecho único de propiedad en «el mar gris de la insignificancia» (pág. 196).

El minucioso análisis de la burguesía porteña, sobre todo en cuanto a su irrupción en el escenario de la sociedad argentina y la subsiguiente proliferación burocrática en el siglo xx, aparece en las obras maestras de la narrativa arltiana *El juguete rabioso* (1927), *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931). En este sentido, las tres novelas constituyen lo que podríamos considerar «la épica» de la sociedad bonaerense contemporánea. Pero la ideología de Arlt se confunde, como se confunde en todo novelista, con la de sus personajes; además, se diluye por efecto de las exigencias literarias del género mismo. Como consecuencia, no obstante la indiscutible superioridad artística de los cuentos y novelas, las *Aguafuertes porteñas* tienen el mérito inapreciable de proveernos un medio de acceso mucho más directo y preciso a la ideología del autor.

Los ensayos equivalen a andanzas exploratorias en que el satírico convierte al lector en algo así como su acompañante. No es infrecuente, en efecto, que el satírico se dirija de frente al lector, incitándole, mediante preguntas retóricas y aseveraciones corrosivas, a compartir su tétrica visión de la vida social argentina. Ya que Arlt no es adicto a la «manía de citas y epígrafes», de la que tan moleestamente abusan muchos costumbristas, podemos permitirnos la impertinencia de proponer como lema preliminar de la típica «aguafuerte porteña» el que aparece en *Padres negreros* (pág. 113): «He sido testigo de una escena que me parece digna de relatarse.» Tal introducción apunta a la condición de retrato, de mirada instantánea y penetrante, que caracteriza las piezas de la colección.

Sobra decir que raramente se detiene el autor a profundizar; expone sin explicar, lo cual contribuye en forma paradójica a intensificar su pesimismo. La obra resulta, en partes, verdaderamente desconcertante por su pesimismo radical y porque falta en ella la más leve alusión a futuras mejoras o a posibles medidas correctivas. Estas son inconcebibles porque el pequeño burgués porteño vive irremediamente estancado entre los estrechos límites de su propia ceguera. Este acendrado nihilismo parece ser una meta arltiana y no podemos dudar de que en los mejores ensayos la alcanza, conmoviendo y desconcertando

al lector de una manera bastante inesperada dentro de un género que, salvo en la cumbre (Larra, Mesonero, Estébanez Calderón), puede resultar algo insípido en su tratamiento somero de infinitos detalles pequeños, y pesado en su pretensión científica. Sin pasarse de los límites de esta vieja y rígida modalidad, Arlt efectúa una genuina renovación. El lector se siente en presencia de algo familiar, pero al mismo tiempo nuevo, de un vehículo anticuado en manos de un conductor moderno. He aquí, a nuestro modo de ver, el extraordinario mérito de estos ensayos; Arlt, al adaptar y renovar un procedimiento tradicional, nos descubre nuevas perspectivas latentes en el género, revelando así su admirable originalidad.

Los ecos de la picaresca resuenan con toda claridad en el magistral ensayo titulado *El parásito jovial* (págs. 116-119). El protagonista de la pieza es nuestro viejo amigo toledano El Caballero de la Garra, que conocimos por primera vez en la famosa Hermandad de los Caballeros de la Garra, inolvidable episodio del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Arlt hace resucitar al pintoresco sujeto, acribillándolo, muy a la manera picaresca, de apodos despectivos: «buscavidas porteño», «maleante bonaerense», «garronero», «garrón», «saltante de mesa puesta» [porque su campo de acción suele ser el café, donde le hallamos en su estado característico, «largo de hambre» y dando sus «manotones de fiera hambrienta» (pág. 171)]. El autor nos relata el caso de «un vendedor de pucheros podridos y de chinchulines pasados, que le puso como título a su almacén 'El Garrón'» (pág. 117). Más adelante (pág. 118) Arlt introduce citas textuales de Mateo Alemán.

La clave del parentesco con los relatos picarescos se halla, desde luego, en las numerosas descripciones de la lúgubre fraternidad del hambre, que a su vez engendra la hipocresía con sus ingredientes indispensables, la envidia, la codicia y la astucia. Todos estos vicios, que son, tanto para Arlt como para Quevedo, la plaga del mundo, figuran, en mayor o menor grado, como los móviles psicológicos más típicos de las varias clases bajas de la sociedad porteña que fustiga sin tregua el satírico. Si analizamos con detenimiento el amplio repertorio de vicios que el autor condena en las *Aguafuertes porteñas*, acabamos siempre por verlos brotar de la misma raíz: el hambre y la hipocresía. Estos vicios hallan terreno fértil para su proliferación, desde luego, en las esferas ínfimas de la sociedad, sobre todo en la baja burguesía. En este contexto social el autor examina, con minucia de detalle, cómo la pobreza, el hambre y la hipocresía se entrecruzan para crear lo que el satírico se complace en llamar, casi con regocijo, «el infierno de la desdicha» (pág. 179).

Aunque resulta difícil precisarlo con detalles concretos, hay una discernible línea ideológica que une a Dante, Quevedo y los satíricos del siglo de Oro, y la obra de Arlt que examinamos en este estudio. Recordamos que para Quevedo las tres plagas del mundo eran la envidia, la discordia y la ingratitud; y que las tres son formas de la hipocresía. En el autor italiano son, como es sabido, «superbia, incidia e avarizia» y la combinación de su efecto rinde la codicia, pecado que cuenta con el mayor número de adeptos en la humanidad. Quevedo siente especial delectación en condenar a grupos enteros de pecadores; Dante es sublime en cuanto individualiza. El procedimiento dantesco da como resultado un infierno lleno de seres inolvidables, y por ello, el que lee con detenimiento la *Divina comedia* difícilmente los borra de su memoria. Los infiernos de Quevedo son muy distintos, porque el autor prefiere satirizar en general, apuntando con mayor insistencia al vicio que al pecador. Es probable que un ser hipotético obligado a elegir entre el infierno de Dante y el de Quevedo optaría, sin titubeo alguno, por condenarse en el primero, que no en las anónimas multitudes infernales de la miseria quevedianas.

Análogo criterio, enfocado en las *Aguafuertes porteñas* de Arlt, nos indica que el parentesco con Quevedo es mucho más directo que su semejanza con la modalidad del autor italiano. Arlt castiga, como ya hemos señalado, una limitada esfera social: la burguesía, pero no como individuos determinados, salvo una que otra rara excepción, sino en conjuntos. También podemos inferir lógicamente que la proximidad entre los dos satíricos hispanos se debe en gran parte al hecho de que aunque más o menos tres siglos separan a los tres autores, las diferencias de organización social son mayores entre la época de Dante y las de Quevedo y Arlt. En efecto, hay en ellos toda una serie de personajes que, si bien cometen esencialmente los mismos pecados, no figuran en las «malebolge» de Dante, el cual jamás se hubiera fijado en ellos.

Por último, debemos tener en cuenta que Dante no era esencialmente satírico como lo son en el fondo Quevedo y Arlt. Estos escritores enfocan, por consiguiente, un mundo que se presta más a la actividad de su favorito recurso literario, la comicidad satírico-burlesca. De modo que la línea que liga a estos escritores se pone de manifiesto claramente en la esfera del pensamiento moral, pero es menos evidente en el proceso de su transformación literaria; hay evidentes puntos de contacto ideológico entre los tres autores, pero la semejanza en los recursos artísticos sólo la advertimos en el octavo círculo del infierno dantesco que está lleno, no de caracteres particularizados, sino de grupos enteros sumergidos en el vicio y la inmundicia, viviendo

en conjunto, nunca como individuos, muy a la manera de Quevedo y Arlt. *Los sueños*, las *Aguafuertes porteñas* y la octava «bolgia» dantesca presentan una imagen de los pecadores basada en la comicidad que entrañan, o sea, satirizados; Manto, Tiresias o Taide podrían colocarse en compañía íntima y cómoda con el «garrón», el «grupé», el «falluto», el «alacrán» o el «squenun» arltianos sin que hubiese desentono alguno entre ellos.

Creemos que estas diferencias fundamentales (salvo el caso excepcional que acabamos de señalar) explican por qué las obras plenamente satíricas como *Los sueños* y las *Aguafuertes porteñas* fracasan en lo que a eficacia didáctica se refiere. La sátira de Arlt, los latigazos sarcásticos con que fustiga a los objetos de su encono, divierten al lector, estimulan su fantasía, incluso podría decirse que aguzan hasta cierto punto su entendimiento, pero sería exagerar un poco las cosas sostener que le afectan interiormente de una manera más o menos edificante.

Ciertamente Arlt goza con castigar porque su ojeriza busca desahogarse así, pero el autor es tan enteramente nihilista, tan carente de toda ilusión con respecto a la manera de ser de los argentinos y de su porvenir, que no podemos atribuirle gran valor a las *Aguafuertes porteñas* en lo que a eficacia didáctica se refiere. Arlt es mucho más que un desengañado; hay en él algo así como una certidumbre de que en su país las cosas tienen que ir, eterna e irremediadamente, de mal en peor. Su propósito parece haber sido dramatizar infinitos pequeños episodios en la vida diaria de los argentinos, mezquina y árida según él, para subrayar la falta de espíritu fraternal entre ellos y ofrecer al lector la imagen, creada en su feroz imaginación, de la esencial inhumanidad de los argentinos.

#### PRESENCIA DE LARRA

El *aquí yace la esperanza* de Larra, no obstante su empaque emotivo, su inicial efecto retórico, presupone la ilusión de que en los espíritus insignes haya un germen regenerador; de manera que aun cuando estamos en presencia de su más hondo y desgarrador pesimismo, sólo asistimos a la pérdida de una ilusión personal. A fin de cuentas, el que se hunde en el abismo de la desesperación es el autor mismo. Esto produce un efecto en el lector muy distinto al que suscitan las piezas de Arlt. Al leer los artículos de Larra el lector siente compasión hacia el sufrimiento de otro ser humano admirable y heroico. Esto

es especialmente cierto con respecto a los ensayos que Larra denomina «delirios filosóficos» (*Día de difuntos*, *La nochebuena de 1836*, *Necrología*, etc.). Por lo que se refiere a la generalidad de sus artículos propiamente costumbristas, ofrecen, como es bien sabido, una crítica neoclasicista con un fondo inconfundible de optimismo dieciochesco. La gran mayoría de las aguafuertes porteñas no comparten este tono de ligera comicidad.

Los puntos de contacto significativos se hallan entre los «delirios filosóficos» de Larra y un reducido número de ensayos arltianos, sobre todo *El espíritu de la calle* *Corrientes no cambiará con el ensanche* (pág. 162), *Persianas metálicas y chapas de doctor* (pág. 122), *La tragedia del hombre que busca empleo* (pág. 179) y *La decadencia de la receta médica* (pág. 142). Estos ensayos tampoco son costumbristas en su esencia, sino versiones arltianas del «delirio filosófico», llenos de intensidad emotiva y consideraciones psicológico-morales de este tipo: «Es indiscutible que el nuestro es un país de vagos e inútiles, de aspirantes a covachuelistas, y de individuos que se pasarían la existencia en una hamaca paraguaya» (pág. 195). «En mi concepto la mejor patente de inutilidad que puede presentar un individuo es la de ser burócrata» (pág. 195). La visión arltina de la burocracia argentina nos es presentada indirectamente mediante una burlesca apoteosis del inservible, sin talento y, lo que es peor, sin aspiración alguna: el que año tras año desempeña, semialetargado, un cargo inútil en el «mar gris» de las oficinas públicas. Difícil será hallar un retrato de tan incisiva agriedad como el que nos ofrece Arlt de la burocracia.

Si bien es cierto que Arlt observa y describe con deleite la «topografía», por así decirlo, de la ciudad, ofreciéndonos en este contexto los únicos momentos de amenidad en una tónica general de cinismo, cuando el autor clava la vista en el elemento humano, todo se vuelve ojeriza y mal humor. Por otra parte, no hace sino aguzar la agriedad de su visión en estos ensayos, la evidente dimensión fotográfica que poseen. A diferencia de los artículos costumbristas de Larra, que en comparación nos impresionan como lucubraciones de gabinete, las aguafuertes del satírico argentino tienen una cualidad de cosa vivida, de visiones y experiencias tomadas de una observación directa e inmediata, de rápidas pinceladas que no han pasado por una etapa de contemplación y ordenación. Arlt se pasea, hurga y husmea los rincones más íntimos del ambiente porteño, los recovecos de la urbe, y los somete a una radiografía que minuciosamente nos va revelando sus esferas más recónditas. Tienen, por tanto, junto a su valor fotográfico, una dimensión que podríamos llamar intimista, inusitada en la

tradición del género, que se manifiesta como un constante diálogo con el lector a quien incita con persistencia y sin tregua.

El aspirante a cómico de Larra se enorgullece de no saber leer o escribir y de no entender un ápice de psicología o historia. Pues bien, el aspirante a diputado de Arlt (*¿Quiere ser usted diputado?*, págs. 191-194) también se jacta de sus «méritos», figurando éstos como inversión grotesca de todas las condiciones que tal vez prometieran una discreta actuación administrativa o mediana carrera en el servicio diplomático. Es ladrón y cínico, virtudes que combina en una especial versión porteña del traidor, del que sabe venderse oportunamente. La diferencia fundamental entre los dos satíricos al tratar el tema estriba en que Arlt no aspira a nada, ni asoma en él jamás una ilusión que se pierda o un anhelo frustrado; todo —autor, lector, ambiente— se hunde en el desengaño completo y terminante. No hay seres defraudados porque nunca ha habido en la Argentina ideales traicionables. Por contraste a lo que hemos señalado en la crítica social de Larra, en los cuadros de Arlt no son ni el autor ni sus proyectos reformadores los que se esfuman, sino la ciudad misma, la espuria cultura bonaerense, y por extensión irreversible, la sociedad argentina y, finalmente, la humanidad entera.

En el proceso analítico comparado de dos modalidades del género costumbrista como las de Larra y Arlt, asombran tanto o más que los paralelismos, las divergencias. Leyendo al satírico español tenemos la impresión inequívoca de que, a pesar de su evidente pesimismo ultrarromántico, late en su espíritu cierta fe en la posibilidad de reforma social y en la eficacia de la literatura en dicha empresa. Pero el lector se equivoca si supone, tras la primera lectura de las *Aguafuertes porteñas* arltianas, una reiteración del hastío romántico, del *spleen* finisecular. En este sentido, un abismo separa a los dos autores. En Arlt falta por completo el elemento de queja pre-existencial generalizada, en la cual el individuo se enfrenta, con actitud combativa, a las circunstancias fatalmente malogradas de su destino.

Los cuadros de costumbres que estudiamos se distinguen, en cambio, por la observación de infinitos detalles concretos, de específicas características de la sociedad porteña contemporánea, elementos que en su totalidad constituyen un frío y desesperado catálogo de la miseria. Además, en cuanto a temas generales, es patente la orientación política y económica de estos ensayos. La ideología del autor en estas esferas nos es presentada de una manera bastante clara, pero indirecta, manifestándose a cada paso en alusiones a las causas y efectos de la situación actual del país.



El conocido y muy elogiado ensayo de Larra, *El castellano viejo*, tiene su paralelo ideológico en *La tristeza del sábado inglés* (págs. 47-50) de Arlt. El tema, común a ambas piezas, es el del individuo que busca aliviar la humillación cotidiana de su existencia en un «día de días», lamentable intento de romper la monotonía insoportable de su vida, mediante la «ocasión» especial: una reunión de amigos y parientes que al fin produce efectos opuestos a la intención del patético anfitrión. El autor se estremece en presencia de tanta hipocresía y falta de consideración. El punto crítico que destaca Larra es idéntico al de Arlt en su ensayo sobre *el sábado inglés*. Larra satiriza la imposibilidad de anular, en un día deseudohospitalidad, de «buen tono» falso y mal entendido, un año entero de vida mezquina y egoísta.

Por lo mismo, el «sábado inglés» no puede aliviar las mortificaciones infinitas de una semana, rutinaria y aplastante, de empleo oficinesco. El sujeto, verdadero Braulio arltiano, ostenta «corbata que toda la semana permanece embaulada, traje que ostensiblemente tiene la rigidez de las prendas bien guardadas» (pág. 48). Así como Braulio estropea su «día de días», el empleado de Arlt echa a perder su único posible día de vida auténtica, convirtiéndolo en «un día sin color y sin sabor; un día que 'no corta ni pincha' en la rutina de las gentes. Un día híbrido, sin carácter, sin gestos, en que prosperan las reyertas conyugales y en el cual las borracheras son más lúgrubas que un *de profundis* en el crepúsculo de un día nublado» (pág. 47). Vemos, en este evidente punto de contacto entre Larra y Arlt, la misma actitud de repugnancia y el mismo tema trasladado de Madrid, con sus «convites caseros», a Buenos Aires, con sus «sábados ingleses».

Al enfocar el análisis en los recursos expresivos de estos ensayos y contrastarlos con los del escritor español, nos hacemos cargo de que Larra es más elegante y conscientemente esmerado en su empleo, más diestro en materia de estilo y quehacer literarios. Por contraste, Arlt, no obstante los diversos puntos de contacto que pueda tener con Larra en la esfera ideológica, es relativamente descuidado en el manejo de sus recursos estilísticos. Si bien es cierto que las *Aguafuertes porteñas* carecen de profundidad analítica, por la estructura fragmentada que exige el formato periodístico, la concisión expresiva no impide que el autor establezca una evidente correspondencia entre la aspereza estilística y la actitud nihilista que mantiene a lo largo de la colección y que promueve su ferocidad satírica.

Cada uno de nuestros autores es eficaz a su modo desde el punto de vista de la flexibilidad estilística. Larra es elegante, pulido, clásico, ingenioso a veces, siempre chispeante y original en sus expresiones me-

tafóricas, cristalino y claro en sus descripciones, sublime en sus momentos de hondo y dolorido pesimismo. Arlt es muy distinto, pero también hábil en forjarse un estilo que refleje fielmente su estado de ánimo y su actitud frente a la sociedad que observa y critica: más impaciente y brusco que Larra, sin su elegancia y elocuencia expresivas, lleno de tropiezos y contrastes de tono, incluso groserías y lo que a menudo parecen flagrantes errores.

A pesar de estas características, no nos da la impresión de ser un escritor frívolo. Lo que busca el satírico argentino es el efecto sorpresivo que sacuda al lector; evidentemente, el buen gusto le trae sin cuidado. Debemos tener en cuenta que Arlt se dirige a un público burgués que considera abúlico e incompetente, de manera que sus tiradas hirientes van disparadas como proyectiles cuyo propósito es, en marcado contraste al de Larra, antes bien irritar al lector y despertarle de su letargo social que educarle con el ejemplo de su propia consciencia estética.

Arlt es, como ha señalado Giordano<sup>5</sup>, el portavoz literario de la clase media bonaerense. Su gran mérito como novelista consiste, según el crítico, en haber logrado una franca radiografía de dicha clase social, sin evadirse de sus normas éticas en aras de una sátira corrosiva y deformadora. En todas partes el autor ve hipocresía, más o menos oculta, pero siempre presente como mar de fondo de la vida porteña. Es uno de los móviles psicológicos que más le repugnan. Todo ello convierte el costumbrismo de Arlt en una visión de sueño quevedesco. Sea en las chapas del doctor, en las tarjetas de un abogado, o en la manoseada figura del escribano, pulula por debajo de las acciones externas el vicio interno, el espectro de la hipocresía que todo lo enturbia y descompone.

Véanse como muestra de esto las admirables páginas dedicadas a la *Fauna tribunalera* (págs. 127-130)<sup>6</sup>. El procedimiento característico de Arlt consiste en un perspectivismo de añejo abolengo en la tradición de la sátira moral. El sujeto es presentado en su actividad típica, la que más clara y cabalmente nos lo revela con sus vicios morales expuestos a nuestra observación y a la crítica hiriente del autor. Los abogados, por ejemplo, aparecen devorando ferozmente a sus víctimas en un pleito de herencia. En este instante preciso se introduce un vocabulario conscientemente estilizado. Lo vemos «merodando» (pág. 128) por

<sup>5</sup> *Roberto Arlt o la metafísica del siervo*, pág. 74 (véase la nota 3).

<sup>6</sup> Frente al ensayo (pág. 127) el autor pone «tribunalera», pero el «Índice» (pág. 202) dice «tribunalesca».

la casa mortuoria, y mientras la viuda y el huérfano sienten en sus entrañas la desgracia, ellos, con el corazón «de duro pedernal y de resistentísimo acero» (pág. 128), vierten lágrimas de cocodrilo. En realidad lo que hacen es calcular sus honorarios, adoptando siempre gestos «sesudos y cejijuntos» (pág. 128). Como podemos apreciar, éste es un léxico reminiscente de la sátira dieciochesca y aun de la picaresca, modalidades cuya presencia se advierte en la colección toda. Para rematar el episodio, el autor se refiere a las actividades de abogados y escribanos —«aprendiz de tósigo y ponzoña graduada» (pág. 130)— como un festín que nos recuerda la comida de las fieras de aquel otro gran satírico, Jacinto Benavente.

Las terminaciones de los ensayos costumbristas de este tipo son sumamente importantes, por obvias razones. La índole aforística del género satírico, sobre todo la modalidad arltiana del mismo (ensayo conciso y de tema limitado), le impone al autor ciertas exigencias muy especiales. La solución tradicional ha sido generalmente la elaboración de un remate epigramático que resuma y sintetice lo esencial de la moraleja expuesta en el transcurso del artículo. Arlt no manifiesta preferencia por las terminaciones aforísticas, sino que introduce una innovación muy personal. Nuestro autor suele despedirse del lector con un gesto irónico que a menudo se desliza hacia una mofa o advertencia burlona. Podríamos citar innumerables ejemplos de este importante detalle. El que sigue nos sirve perfectamente; se trata del ensayo titulado *Apuntes filosóficos acerca del hombre que «se tira a muerto»* (págs. 63-66). Tiene por tema la sutil diferencia entre el *squenun*, el que no trabaja y el sujeto del artículo, más reprehensible aún, porque sobre no hacer nada disimula y quiere pasar por trabajador diligente: «El *squenun* no trabaja. El 'hombre que se tira a muerto' hace como que trabaja. El primero es el cínico de la holgazanería; el segundo, el hipócrita del *dolce far niente*. El primero no oculta su tendencia a los baños de sol; el segundo acude a su trabajo, no trabaja, pero hace como que trabaja cuando lo puede ver su jefe, y luego 'se tira a muerto' dejando que sus compañeros se deslomen trabajando» (págs. 64-65).

La fórmula es de aplicación casi universal; el autor no deja de explicarnos, con su habitual insistencia, que la sociedad argentina es prolífica en cuanto a la fauna de los holgazanes, que, generosamente salpicados a diestra y siniestra, actúan como microbios que la corroen. Donde más se concentran, y donde más propicio les resulta para su indolencia el ambiente, es en las escuelas y en las oficinas, especialmente las públicas. El artículo concluye con este remate burlesco: «Inclinémonos ante la sabiduría del Todopoderoso. Él, que provee de

alimentos al microbio y al elefante a un mismo tiempo; él, que lo reparte todo, la lluvia y el sol, ha hecho que por cada diez hombres que 'se tiran a muertos', haya veinte que quieren hacer méritos, de modo que por sabia y trascendental compensación, si en una oficina hay dos sujetos que todo lo abandonan en manos del destino, en esa misma oficina hay siempre cuatro que trabajan por otro, de modo que nada se pierde ni nada gana. Y veinte restantes hacen sebo de modo razonable» (pág. 66).

Los molinos que anuncia el título *Molinos de viento en Flores* (págs. 12-15) simbolizan una remota época de la vida porteña, perdida ya para siempre, en que la gente vivía con ilusiones, confianza y una fe bastante ingenua en el progreso. La terminación de esta inolvidable estampa de época puede servirnos también como un revelador ejemplo de este aspecto de la técnica ensayística del autor. Hacia el final de la pieza Arlt nos explica, sin el tono quejumbroso de los románticos, se entiende, que todo ello se ha hecho humo, para dar lugar a un vasto enjambre de nichos sin horizontes, especie de limbo en que el sujeto vive alcatargado y ciego en su mediocridad insondable:

«En Lautaro se distinguía, hasta hace un año, un mirador de vidrios multicolores completamente rotos. Al lado estaba un molino rojo, un sentimental molino rojo tapizado de hierba. Un pino dejaba mecer su cúpula en los aires los días de viento. Ya no están más ni el molino ni el mirador ni el pino. Todo se lo llevó el tiempo. En el lugar de la altura esa, se distingue la puerta del cuchitril de una sirvienta. El edificio tiene tres pisos de altura. ¡También la gente está como para romanticismo! Allí la vara de tierra cuesta cien pesos. Antes costaba cinco y se vivía más feliz. Pero nos queda el orgullo de haber progresado, eso sí, pero la felicidad no existe. Se la llevó el diablo» (págs. 14-15).

#### CONCLUSIÓN

Nuestro examen de la colección de artículos titulada *Agua fuertes porteñas* nos revela un Arlt ecléctico con respecto a la larga tradición del género aforístico-costumbrista. Se destacan elementos de evidente procedencia quevediana y numerosos puntos de contacto con Larra y el costumbrismo decimonono. Dichas semejanzas se manifiestan más claramente en la superficie que en el espíritu de los artículos; son cuestiones de forma, expresión y temas concretos. Por lo que atañe a

la actitud vital del autor, el parentesco es, como era de esperarse, menos discernible. Esto nos permite ver con mayor claridad los factores que distinguen las piezas arltiana, y poner en perspectiva la vaga impresión inicial de que estamos en aguas familiares, pero a la vez extrañas, donde las reminiscencias y alusiones directas se confunden y se entreveran con contrastes de tono y actitud espiritual. Las divergencias que hemos señalado corresponden, lógicamente, a las diferencias histórico-culturales entre las respectivas épocas en que vivieron y escribieron los autores estudiados. Lo esencial, lo que separa a Arlt definitivamente de los satíricos españoles es, a mi modo de ver, la ausencia absoluta de idealismo en el escritor argentino, el desencanto radical que le hace actuar, sentir y, en fin, vivir, de acuerdo a una de sus más inolvidables creaciones, la «psicología del siervo».

ROBERT M. SCARI  
Universidad de California  
(EE. UU.)